

Memorias de un normalista pampeano

Juan Ricardo NERVI*

* (1921-2004)

Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Maestro Normal Nacional. Docente en la Universidad Pedagógica de México, y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Escritor, periodista, Investigador. Profesor Emérito de la UNLPam. Secretario Académico de la UNLPam. Profesor Titular de la Cátedra Pedagogía Universitaria. Director de la Maestría en Evaluación de la Facultad de Ciencias Humanas.



“Soledad de campo”, óleo sobre tela
Carlos Enrique Mas

Continuamos en este número las *Memorias de un normalista pampeano* que fue editado semanalmente por el Diario La Arena durante los años 1979 y 1980 para recuperar distintas vivencias y recuerdos de ese período.

Memorias de un normalista pampeano XIII Nota

Las asignaturas pedagógicas

Sigo sin explicarme algunas cosas. No hablo de cuestiones farragosas acerca de métodos, contenidos, evaluación, típicas de cualquier Escuela Normal en cualquier parte del mundo. Lo inexplicable para mí es –todavía hoy– el cono de sombra en que estaban sumidas las asignaturas básicas de la carrera: Pedagogía, Didáctica General y Especial, Prácticas de la Enseñanza, y aquella Psicología General que poco nada tenía que ver con el desarrollo psicoevolutivo de los niños que se supone debíamos conocer en el Curso de Aplicación. No entro a juzgar a los profesores que, pienso, hacían lo que podían. Lo inexplica-

ble para mí era el desprestigio académico en que tenía a este grupo de materias fundamentales. Nos absorbían casi por completo la Matemática, la Química, la Física, la Anatomía, la Geografía, la Historia.. y hasta la Mineralogía con su insólito capítulo de Cristalografía y sus veintitantas bolillas. Coincidió en que nos era necesaria una preparación científica de base: un maestro de escuela primaria es, como suele decirse, un “todólogo”. Pero recién nos dábamos perfecta cuenta de nuestras carencias técnico-docentes cuando, lejos de la Escuela Normal, debíamos enfrentarnos con alumnos en “carne y hueso”.

Y no era que los textos en que estudiábamos no estuviesen “al día”. Todavía hoy, pongamos por caso las Didácticas de la doctora Rezzano (anticipadas a su época) mantienen buena parte de su vigencia en el campo de las Ciencias de la Educación. Si se las lee con cuidado y sin prejuicios, se encontrará en ellas el rastro del primer Piaget, con teorías reflexológicas del aprendizaje, y algunas proyecciones metodológicas hoy en boga.

Pero en este caso, no era cuestión de libros: se trataba, lisa y llanamente, del predominio de las

materias complementarias sobre las que supuestamente debían formar al maestro. Es un lugar común de hecho de que cada profesor estime que su materia es “el ombligo del mundo”. La Matemática (Aritmética y Geometría) era la carta de triunfo de los dueños de la cátedra. ¿Qué extraño privilegio poseían aquellos catedráticos para alzarse olímpicamente por sobre las demás materias? Cierta vez se me ocurrió preguntar “por qué era tan largo un teorema”. No hubo respuesta. Solamente una sonrisa irónica que fue el testimonio de mi crasa ignorancia. Obviamente, yo no entendía “ni jota” de aquel repertorio que jamás utilizaría en mi vida de docente. Era de los que “lo llevaban a marzo”, y de los que, en aquellos “idus”, sacaban un cuatro o la portaban previa. Me interesaba saber qué, cómo y cuándo enseñar de ésta como la otras asignaturas. No debo ni es lícito que ignore que a los profesores de cada especialidad los designaban para dictar su materia. Pero de tan suya que las hacían, pasaban a constituirse en una superestructura intelectual que obligaba a un esfuerzo mayúsculo del alumno, y en numerosas ocasiones, a que abandonase la carrera. No, la Escuela Normal no estaba a la disposición de cada especialista (a veces especia-loide) para preparar futuros matemáticos, bioquímicos, geólogos, médicos, abogados al por mayor. Estaba instalada allí para formar maestros, y no para hacer del pueblo un pivote para acceder a otras carreras.

Los tiempos cambiaron, pero no tanto. Todavía preexiste (y persiste) el criterio de que no hace falta ser docente para hacer la docencia. El médico, el abogado, el farmacéutico, el ingeniero, el arquitecto, ocupan las cátedras sin perjuicios pedagógicos ni didácticos. Quisiéramos saber si a nosotros, los pedagogos, nos permitirían ejercer la medicina, la abogacía, la ingeniería, la arquitectura, sin el correspondiente título habilitante. Eso, que ocurría antaño, sucede hogaño. Por eso, como señalo al comienzo sigo sin explicarme algunas cosas. Y no es que largue el sayo al viento para que se lo ponga aquel a quien mejor le venga. No. lo digo con tristeza, con cierta amargura por el tiempo que invertimos –irrecuperable- al subestimar el entonces restringido cupo de materias que nos eran imprescindibles para ser buenos maestros.

En la práctica, en los hechos, nos damos cuenta –recién ahora!- que no se puede ser docente sin dominar el ámbito propio de la pedagogía.

Memorias de un normalista pampeano XI Nota / 28 de Febrero de 1980

Evocación de un cero

Hasta que un día decidimos escribirle a Jesualdo. Habíamos leído Vida de un Maestro y también Fuera de la Escuela, y sentimos que allí estaba lo que buscábamos, el imperativo insobornable de lo que –muy cautamente. Podríamos llamar “nuestra vocación docente”. Era en la víspera de no sé qué examen cuatrimestral, supongo que Didáctica o Pedagogía. Dejamos de lado los textos usados por la mayoría –Amanda Imperatore, Juan Patrascoiu, Thiriom de Verón- y nos pasamos la noche “conversando” con el gran maestro uruguayo.

— Escuchá-... escuchá... decía Victorio. Y venía la parrafada precisa, adecuada a lo que debíamos estudiar. Nos parecía estar oyendo, en la alta noche pampeana, la voz de un profeta: “Exaltábamos en todo instante la expresión del niño, creándole fe en su propio trabajo, responsabilizándolo de su obra y del influye benéfico que ella creaba sobre la colectividad; medíamos sus hallazgos con los de los otros, en materiales distintos para evitar las individualizaciones egoístas y perniciosas...”

— Escuchame ahora vos..., decía yo. Y con refinada solemnidad procedía a engarzar mi voz con la de mi compañero en aquella especie de “payada” preexamen cuatrimestral: “Y... finalmente, crear con un buen trabajo real, amoroso, verdadero, entendiendo y sufriendo sus problemas y angustias, colaborando en sus soluciones, y sobre todo, analizando juntos con un mismo sentido y destino, sin mentiras ni falsías, los problemas de nuestra sociedad que les toca vivir a nuestros niños y a sus familiares...”

Era preciso, im-pres-cin-di-ble (así lo silabeaba Victorio) escribirle a Jesualdo, allá mismo, en su escuelita rural de Canteras de Riachuelo, Departamento de Colonia, Uruguay. La Editorial Claridad ya había publicado los **180 poemas de los niños de Jesualdo** (más tarde elevados a 500), en un libro de cubiertas demasiado grises para guardar tanto belleza. Nos sentíamos obligados a contarle cómo, en cierto modo clandestinamente, en aquellas lecturas a hurtadillas, habíamos hallado “la quiliad de la cosa”, es decir, que queríamos ser, sencillamente, maestros.

— ¿Cuánto nos falta del programa...? Preguntó somnoliento y un tanto aburrido Facio.



“La cuesta”, acrílico sobre tela
Carlos Enrique Mas

— ¡Todo! Son nada menos que cinco “boli-llas”.. respondió César, siempre con su guitarra a punto.

— ¿Y? ¿Qué hacemos...? ¿La seguimos o no? Inquirió Toto.

— ¡Claro que la seguimos...! Este programa es refacil... Nos distribuimos los temas, y ¡chau pinela!, fue la optimista respuesta de Victorio.

Salí de la habitación. Recuerdo que César me sugirió: “¿Te acompaño?” y que yo le contesté: “No, esto va sin guitarra...”, y me refugié en aquella vida de un maestro con alma y vida, casi vengativamente.

No dormí aquella noche. Me tenía confianza puesto que dominaba bastante los contenidos a estudiar. A las ocho en punto –como en una largada de automóviles- la profesora dijo: “¡Comiencen!” y empezó el duelo. Para los duelistas –verdaderos espadachines de la pluma- la cosa era escribir mucho en una andanada de estoques cuantitativos, o mejor, “sumativos” de hojas. Pero también yo tenía mi propio duelo; un duelo íntimo, conmigo mismo. Allí estaba el tema: “Valor cultural de la lectura”. El libro de texto decía

las cosas trilladas, con sus recetas culinarias y sus condimentos de “moralina”. Sabía eso. Ya habíamos debatido con Victorio aquel “to be or not to be” del “leer o no leer”, con su duda hamletiana, que solía sacarnos de quicio. Recordé el dilema de Omar, al quemar la Biblioteca de Alejandría; “A estos libros hay que quemarlos o no hay que quemarlos”. Si lo que dicen estos libros está en el Corán ¿de que sirven?. Si lo que me dicen no está en el Corán ¿de qué sirven? Luego; hay que quemarlos...”

El libro de texto me ponía en la encrucijada. Lo que decía Jesualdo no estaba en el libro de texto. Pero ¡cómo coincidíamos! Mire a Victorio, a Facio, a Toto, a Pepe, a César: no sé qué, pero escribían. Yo había quedado en la actitud ambigua del “que no sabe”. La profesora se me acercó con una afilada sonrisa:

— ¿Y... jovencito? ¿qué espera...?

Entonces me decidí. Solamente me cambié el título. Aquello de “valor cultural de la lectura” tenía algo de humorada frente al siempre requerido saber libresco. Yo puse: Leer ¿por qué y para qué?...Y escribí...

Al día siguiente teníamos examen cuatrimestral de Dibujo. Había dormido hasta tarde, y llegué cuando todos estaban en el aula enfrentados a la columna de yeyo con su capital dórico. El profesor creyó oportuno recriminarme por la tardanza. Todos me miraban como a un pitecantropo. Yo me dije; ¡Zás... olvidé el guardapolvo...la corbata...! Pero ¡no había nada de eso. La celadora se acercó y me dijo; ¡Cuando termine su examen, pase por la Dirección...! Así lo hice, no sin antes escuchar reproches, miradas de condolencia, numerosos “¿qué hiciste?” y otra retahilla de preguntas. En la Dirección, esgrimiendo mi prueba, o sacudiéndola como una hoja en la tormenta, me aguardaban la Directora y la Profesora:

— ¿Y esto...qué quiere decir esto...?

— Supongo que es mi examen y dice lo que dice ahí...

— No señor... Usted está enjuiciando el sistema, a la escuela. Lo que dice aquí es absurdo... ab-sur-do... Escuché esto...

Me leyó algunos párrafos acaso demasiados duros de lo que yo había escrito.. pero no me re-tracté. Y hasta hoy sigo pensando que, a medida que leía aquellos parágrafos, la Directora se iba convenciendo de que la cosa no estaba tan mal. Hasta le adiviné una sonrisa de complacencia...

Pero no hubo nada que hacerle: saqué cero. Mejor dicho: Jesualdo y yo sacamos cero.

Memorias de un normalista pampeano IV Nota / 12 de febrero de 1980

La nausea

Sabía, sentía que la profesora de Castellano nos subestimaba. Como otras y otros catedráticos. Éramos unos indefensos “bípedos implumes” que soñábamos volar, y se nos sometía a la domesticidad, a la rutina del gallinero. Eso era allá por segundo año. En primero habíamos sentido la comprensión de alguien que –acaso como nosotros– sentía cierta repulsa por la gramática, que en esos años ni era estructural ni transformacionista, sino, apenas, una sucesión de normas preceptivas sintácticas, prosódicas, y una progresión de verbos que se perdía en el infinito. Claro está que allí estaban el “sujeto”, “el predicado”, las oraciones “subordinadas”. ¿Subordinadas a qué, a quién, solíamos preguntarnos? La profesora era taxidérmica en ese aspecto:

–Usted... que redacta relativamente bien, me había dicho, pase y conjúgueme el pretérito pluscuamperfecto del verbo “llover”, porque “llover” es un verbo... ¿o no? ¿A ver? ¡Hágalo! No, mejor espere, espere... Conjúgueme el futuro subjuntivo..¿De acuerdo?

Yo miraba alrededor pidiendo auxilio. No volaba ni una mosca. El aire se congelaba en cada leve suspiro. La “gordita” Sadswich gesticulaba pero yo no lograba “decodificar” su lenguaje. Pero a la profesora no se le escapaba nada. Con una sonrisa perdida entre sus finísimos labios, ya me decía:

— No sabe. Siéntese. ¿A ver? Pase usted, señorita que sin duda ha de saber mucho, por lo que quería “soplarle” a su compañerito...”

Subrayaba lo de compañerito, no sé si por mi delgadez o por la obesidad de mi condiscípula. Y allí estaba ella repitiendo como una letanía el futuro subjuntivo.

¿Y mi futuro, sin el subjuntivo? Más de una vez estuve a punto de abandonar la carrera. La profesora era implacable. Pero me sobrepuse. Y

me metí con todo en aquel dantesco laberinto de una gramática inservible, plagada de preceptos vacíos, pero, eso sí, especial para los memoristas, pareo los que podían conjugar el futuro subjuntivo con sabihonda prestancia.

Nos quiere refundir, pensábamos. Pero no alcanzábamos a comprender por qué... Era una erudita. De eso no nos cabía duda. Pero teníamos que descubrir cuál era su “Talón de Aquiles”. Ya la gramática (obligatoria como el pan nuestro de cada día) era “pan comido”. Más de una vez me pregunté cuál era su baremo para medir nuestras aptitudes en la materia. Fue cuando llegamos a “versificación”. Nos apasionaba “versificar”. Allí estaba “el petiso Vidalita” con sus poemas al Barrio de Enriqueta; Victorio esgrimiendo su estro a la manera de Alberto Ghiraldó; César, engolosinado con Almafuerte; Damián, campechano de Quehué, recitando al “Viejo Pancho”.

— Busquen ejemplos ustedes mismos, nos había dicho en un gesto magnánimo, la profesora. Ejemplificaremos con lo que traigan...

Con lo que traigan. La cosa sonaba a desafío. Y al parecer lo era, nomás, porque aquélla iba a ser una prueba oral.

— ¡Macanudo...! –dijo el “petiso Vidalita”: yo me largo con mis versos ... total, lo mismo voy a marzo...

— ¡Esta es la nuestra...!, nos dijimos con Victorio.

— ¿Y yo... qué traigo? El gordito Fioravanti, Totilo, Facio se veían en aprietos: solamente sabían, y a duras penas, la letra de la marcha “Mi Bandera”.

— No se aflijan, todos aprenderemos lo nuestro. Estoy seguro que la profesora de Francés nos ayudará, dije yo.

Y allá fuimos. Nos sirvió el té. Toto pidió permiso para fumar, y ella se lo concedió con una sonrisa. El armó el “faso” con su habitual habilidad. La profesora de Francés entendió, siempre entendía. Nos elogió por la preocupación de querer cumplir con la colega. Y nos llenó de poemas de Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Sully Prudhomme, para que escogiéramos. Había que traducirlos al castellano. Yo me quedé con el primer poema de “Las Flores del Mal”.

— ¿No tiene alguno fácil en castellano? , preguntó Toto.

— Sí ¿por qué no? Aquí están Mario Bravo, Almafuerte, Herrera y Reissig, Chocano...

Los llevamos todos con la promesa de reintegrar los libros al día siguiente. Ahora ¡a prepararse! Y llegó aquel viernes...

Primero, por lista, estaba Cacho (el primero también en calificación) Leyó y analizó puntillosamente “La Procesión”, de Gabriel y Galán (¡Muy bien alumno...); después, Sara, bien entonada y graciosa, dijo “de memoria” y examinó la métrica de “Erase un hombre a una nariz pegado”. Fue cuando todos lo miraron a Facio y la profesora dijo: “Excelente alumno...”. A Damián se le salían a borbotones las palabras cuando de una tirada, se mandó “La leyenda del Mojón. Faltaba algún “Huija...! Para completarla, pero se contuvo cuando la profesora le dijo que se abstuviera de analizarla... porque era muy extensa, y no estaba dentro de las prescripciones de la cátedra. Ya Victorio mirando fijamente a la profesora y con su voz tonante recitaba: ¡”Felices, si, vosotros, los imbéciles... los que en nada pensais ni sentís nada...!

Aquella “Gran Tarja” de Ghiraldo parecía más un apóstrofe que un poema. Quemaba. (¡”Es de muy mal gusto, señor... No, no la analicemos!

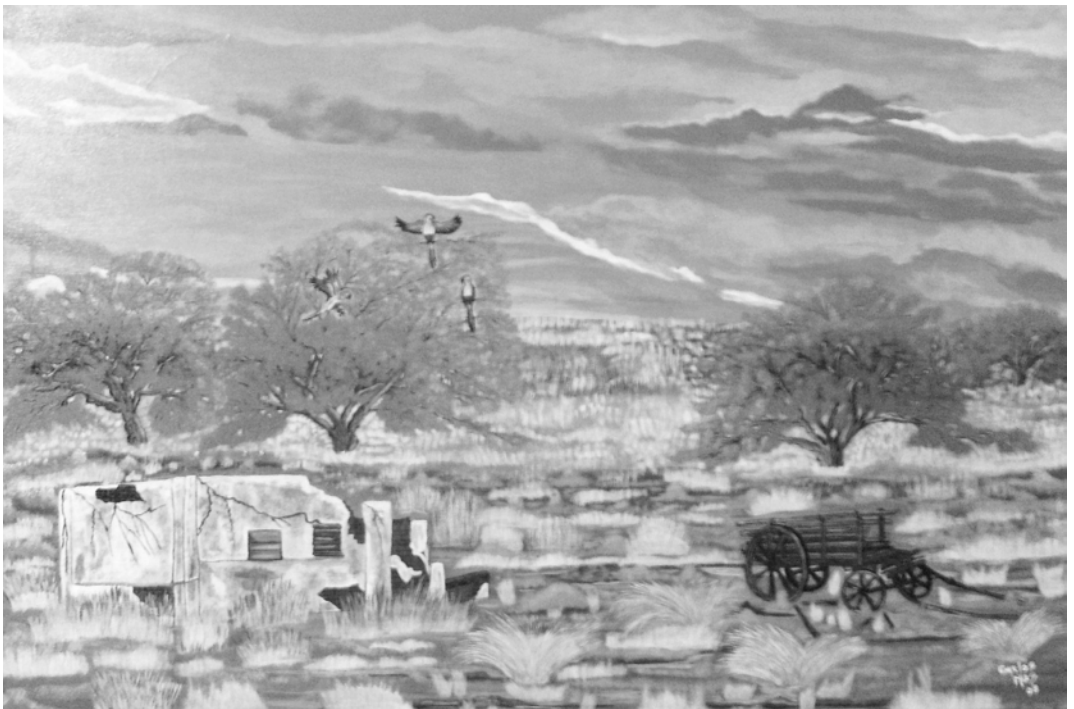
Pepe dijo “La Rosa Blanca” pues la recordaba desde la primaria. “Son dos cuartetas de ocho sílabas cada verso”, dijo. (Está bien, siéntese...) Le tocó a “Vidalita”. Lo hizo con una breve introducción, dedicada a los compañeros, “que siempre lo

habían alentado en su vocación de poeta y dramaturgo” (Gesto de asombro en la profesora) Y dijo el “petiso Vidalita”, con expresión soñadora: “Lápiz con quien a solas yo converso,/ amigo y más que amigo eres mi hermano,/ porque tú rimas mi modesto verso/ y orientas mis dibujos en el plano...” Aplaudimos. Iba a proseguir pero ya la profesora lo había mandado a sentar.

— Aquí terminamos, dijo. Creo que no me entendieron...

— Un momento... un momento, dije yo. Faltamos varios. Yo he preparado el mío y lo voy a leer, porque yo mismo lo traduje del francés... y créamelo, entendí perfectamente lo que usted nos encomendó...

Me sentía furioso. Humillado. Había trabajado dos o tres días en la traducción de Bauletaire ¡Y ahora esto! No señor. Lo leería. Y allí estaba en el frente, indignado, rojo, leyendo: “La estulticia, la roña y el vicio son hermanos...”, como una inventiva hacia la mediocridad. Leí y me senté sin mirar a nadie. No escuché lo que dijo la profesora. Solamente oí el tañido de la campana, trémulo como la mano de don Germán. Cuando salimos sentí unas ganas tremendas de llorar. O acaso, de vomitar. Una horrible feroz náusea.



“La tapera”, acrílico sobre tela
Carlos Enrique Mas